

que su sagrada y sublime vocacion requiere? Lo mismo resplandece esta útil enseñanza en la ordenacion de los Diáconos, conforme vamos á ver: óigase con atencion.

Diácono quiere decir servidor: los Apóstoles empezaron á ordenarlos cuando se elevaron entre los fieles de Jerusalem ciertos murmullos tocante al reparto de las limosnas, poniendo á su cargo el cuidar de las mesas donde las viudas y los pobres recibian su alimento corporal,—pues los pobres fueron desde un principio objeto de la preferente solicitud de la Iglesia;—y descansando en estos sustitutos, pudieron aquellos vacar con mas holgura á la predicacion del Evangelio y á la oracion.

No fué, empero, este el único, ni siquiera el principal objeto de la institucion de los diáconos, pues en breve se les vió desempeñar funciones mas santas y augustas. Al servicio de la mesa material agregóse el ministerio de la mesa sagrada en que se distribuye á los fieles el Sacramento eucarístico, manjar del alma, y además ejercieron la predicacion de la palabra de Dios y la administracion del Bautismo, segun vemos por san Estéban y san Felipe que rivalizaban en celo con los Apóstoles en el desempeño de estos cargos; aunque sin perjuicio siguieron siempre cuidando y dirigiendo las cosas ordinarias de las clases desvalidas.

Ministros de la Iglesia y de los Apóstoles, y teniendo á su cargo funciones sagradas, los diáconos en los primeros tiempos iban siempre en seguimiento de los obispos, defendiendo sus intereses cuando predicaban, acompañándoles en los concilios, y asistiéndoles en la ordenacion y administracion de los restantes Sacramentos<sup>1</sup>; por manera que el obispo no oficiaba sin estar asistido de los diáconos, segun aquellas palabras de san Lorenzo al papa san Sixto cuando le conducian al martirio: «Santo Padre, le decia, ¿á dónde vais «sin vuestro Diácono? Ya sabeis que jamás ofreciais el sacrificio «sin él<sup>2</sup>.» Los diáconos eran los encargados de leer el Evangelio en la misa segun todavía se practica, y presentar al sacerdote el pan y el vino que habian de convertirse en cuerpo y sangre del Salvador<sup>3</sup>. Además de administrar el Bautismo, repartir las limos-

<sup>1</sup> San Isidoro de Sevilla, *De Off. eccl.* lib. II, c. 8.

<sup>2</sup> San Ambrosio, *De Off.* lib. I, c. 42.

<sup>3</sup> San Jerónimo, *Epist. XLVIII ad Sabinian.*; san Justino, *Apol. II*; san Cipriano, *De Lapsis*.

nas, y atender al sustento de las viudas y pobres, tenian obligacion de asistir á los Confesores y Mártires encarcelados, y exhortarles y animarles á padecer por la fe<sup>1</sup>. Ahora todo su cometido suele reducirse á servir al celebrante en el altar, y cantar, durante el oficio, el Evangelio.

Para la ordenacion de los primeros diáconos, los fieles de Jerusalem eligieron siete hombres de una probidad acreditada y llenos del Espiritu de Dios, que presentaron á los Apóstoles, los cuales habiendo orado impusieron sobre ellos las manos<sup>2</sup>. Por tanto las ceremonias de su ordenacion, asi entonces como ahora, consistian en ciertas preces y en la imposicion de manos. El obispo, sentado para la ceremonia en el centro del altar, escucha al arcediano que le dice: «Reverendo Padre, nuestra madre la santa Iglesia católica «pide que confirais el cargo del diaconado á estos subdiáconos.— «¿Sabeis si son dignos?—Lo sé, responde el arcediano, y doy fe «de ello, en cuanto la flaqueza humana permite conocerlo.—Gracias sean dadas á Dios!» responde el obispo; y dirigiéndose al clero y al pueblo, sigue diciendo: «Con el auxilio de Dios y de nuestro Salvador Jesucristo escogemos á estos subdiáconos para elevarlos al diaconado: si hay quien tenga algo que objetar, avance «sin recelo y hable por amor de Dios, pero tenga presente su condicion!» Dicho esto hace una pausa, como para dar tiempo á los fieles de contestar. Esta interpelacion recuerda la antigua disciplina de la Iglesia segun la cual en las ordenaciones se consultaba al clero y al pueblo; y aunque hoy dia los superiores son los que examinan la calidad de los sujetos y su vocacion, la Iglesia para conservar en lo posible la antigua usanza sobre el modo de averiguar la irreprochabilidad del elegido, estableció las proclamas, que se hacen desde el púlpito de la parroquia, otra ceremonia que precede á la ordenacion de los diáconos y sacerdotes.

Si nadie del pueblo opone reparo, el obispo volviéndose á los ordenandos empieza por recordarles la dignidad del orden que van á recibir, las funciones á él anejas, y las virtudes por el mismo requeridas; en seguida entona un prefacio, que es como la introduccion del grande acto que va á cumplir, y en mitad de él párase al objeto de imponer la mano derecha sobre la cabeza de ca-

<sup>1</sup> S. Cypr. *Epist. XII*.

<sup>2</sup> Act. vi, 6.

da ordenando, á quienes dice: «Recibid al Espíritu Santo, para que tengais fuerza de resistir al demonio y á sus tentaciones.» No impone sobre ellos las dos manos, á fin de indicar que los diáconos no reciben el Espíritu Santo con la misma plenitud que los sacerdotes.

Terminadas estas ceremonias y el prefacio, les entrega sucesivamente la estola, símbolo del poder que se les confiere, diciendo: «Recibid de mano de Dios esta blanca estola; cumplid bien vuestro ministerio, pues Dios es todopoderoso y colmará en vosotros su gracia;» y con el propio objeto de indicar la diferencia que va de sacerdote á diácono, pónese éste la estola de un modo diferente de aquel; luego el obispo le viste la dalmática, diciendo: «Concedáte Dios el traje de salud y el vestido de fiesta, y por su poder te envuelva para siempre con la dalmática de la justicia, así sea;» últimamente le presenta el libro de los Evangelios, en estos términos: «Recibe la potestad de leer el Evangelio en la iglesia, así en beneficio tuyo como de los difuntos, en el nombre del Padre, etc.» Concluye el acto de esta ordenacion por una súplica que el obispo y el pueblo á una en voz y en corazones elevan implorando la proteccion del cielo á favor de sus nuevos escogidos.

Á la ordenacion de los diáconos sigue la de los sacerdotes.

*Ofrecer* el santo sacrificio; *bendecir* al pueblo en la misa, en las asambleas y en la administracion de los Sacramentos, á fin de atraer sobre ellos las gracias de lo alto; *presidir* las reuniones que se verifican en la iglesia para rendir á Dios el debido culto; *predicar* como embajadores de Dios su divina palabra; *bautizar* y administrar los demás Sacramentos, particularmente aquellos que tienen por objeto la remision de los pecados; tales fueron desde el origen de la Iglesia y tales son aun ahora las funciones de los sacerdotes, excepto que en los primeros siglos los trabajos de la penitencia fueron exclusivos de los obispos, hasta los tiempos de san Juan Crisóstomo y san Agustin, quienes siendo solo simples sacerdotes llenaron este cometido por encargo de sus obispos. Por tanto las funciones de los sacerdotes son de dos clases: unas concernientes al cuerpo natural de nuestro Señor, y otras respectivas á su cuerpo místico, que es la Iglesia, y en verdad no pueden darse atenciones mas augustas, ni poder mas eminente.

Antes de confiárselo, el obispo sentado en su sillón en medio del altar quiere cerciorarse de si son dignos, y á la peticion del arce-

diano: «Reverendo Padre, nuestra madre la santa Iglesia católica pide que consagreis sacerdotes á estos diáconos que os presento; contesta:— ¿Sabeis si son dignos de ello?» Y oida la respuesta favorable, añade: «¡Loado sea Dios!» Seguidamente, conformándose á la antigua costumbre de la Iglesia, interpela al pueblo, haciéndole presente cuánto le interesa tener sacerdotes santos, para que diga si tiene nada que objetar contra los nuevos diáconos <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> La eleccion de san Basilio es un ejemplo ilustre que nos enseña cuánta fué en los primeros siglos de la Iglesia la deferencia de los obispos por la eleccion y el voto del pueblo en las promociones, y con qué vigor lo resistian si resultaban ser inspirados mas por la pasion ó la intriga, que por las reglas y el interés de los fieles.

Habiendo fallecido Eusebio, obispo de Cesarea, el clero segun costumbre convocó á los obispos de la provincia para proceder á nueva eleccion, y únicamente dejó de asistir, ya por causa de su extremada vejez, como por enfermedad que le sobrevino, Gregorio, el padre del Teólogo, que habia sido convocado como los demás: mas en cambio escribió al clero y al pueblo de Cesarea en estos términos:

«Yo soy pastorcillo de un pequeño rebaño, pero la gracia no mira la pequeñez de los lugares: sea, pues, lícito aun á los pequeños hablar libremente, porque se trata de la Iglesia, por la cual Jesucristo murió, y si el ojo es la lumbrera del cuerpo, el obispo es la lumbrera de la Iglesia. Vosotros me habeis llamado con arreglo á los cánones; pero la vejez y la enfermedad me retienen; no obstante, si el Espíritu Santo me da fuerza para asistir á la eleccion,—pues nada debe parecer increíble á los fieles,—esta será la mejor y mas conforme á mi deseo; mas si la enfermedad me lo impide, concurriré del modo que puede hacerlo un ausente. Yo no dudo que en una ciudad tan populosa, distinguida siempre por sus eminentes prelados, no haya muchas personas dignas de ocupar el puesto primero; sin embargo yo no hallo otra que sea preferible á nuestro amado hijo el sacerdote Basilio, hombre, lo afirmo delante de Dios, el mas recomendable por la pureza de su vida y de su doctrina, y el único, ó á lo menos el mas propio, para oponerlo á los herejes... Esto escribo al clero, á los monjes, á las dignidades, al senado y á todo el pueblo: si mi voto se aprueba como justo é inspirado por Dios, moralmente asisto á la eleccion, ó mejor, puede ya decirse que he impuesto las manos; mas si prevalece otro parecer, y se juzga por intriga ó interés de familia, y el tumulto atropella las reglas, haced lo que os guste, porque yo me retiro.»

El piadoso anciano escribió á san Eusebio de Samosata implorando su ayuda en esta circunstancia, y en efecto san Eusebio acudió, y su presencia fué muy eficaz para consolar y sostener á los católicos. San Basilio era ciertamente el mas digno de ocupar la silla de Cesarea; pero los magnates del país le hacian oposicion buscando apoyo en las clases mas ínfimas del pueblo y hasta apelando al soborno de parte de los ministros; y cuando se tuvo la asamblea, como no podian menos de invitar al obispo de Nazianzo, lo hicieron, aunque de

Si nadie hace objecion, el prelado dirigiéndose á los diáconos les recuerda la naturaleza, el origen y las sublimes funciones del sacerdocio, díceles que los sacerdotes son los sucesores de aquellos setenta y dos ancianos que Moisés, insiguiendo la orden de Dios, habia escogido por coadjutores suyos en el ministerio, por ministros de justicia y por celadores de la observancia de los diez mandamientos, cuyos ancianos á su vez eran la figura de los setenta y dos discípulos que Jesucristo envió de dos en dos á predicar segun su ejemplo y palabras. «Sed dignos, queridos míos, añade el pontífice, de asistir á Moisés y á los doce Apóstoles; esto es, á los obispos católicos, prefigurados por Moisés y por los Apóstoles, y establecidos para el gobierno de la Iglesia de Dios.» Á estas palabras sigue la imponente ceremonia de la postracion.

Antes de ser admitido al Bautismo el hombre ha de renunciar tres veces á Satanás; antes de ser admitido al sacerdocio el cristiano ha de renunciar tres veces al mundo, á la carne y á la sangre, y solo despues de esta triple renuncia se le da acceso al sacrosanto altar. Despues viene la imposicion de manos, las que el obispo impone en silencio sobre la cabeza de cada diácono, y todos los sacerdotes presentes á la ceremonia, con la estola al cuello, hacen otro tanto; luego el obispo, subiendo otra vez al altar, se vuelve de cara á los ordenandos extendiendo hácia ellos los brazos, lo cual imitan tambien los demás sacerdotes, y reza una oracion por la

un modo que daba á entender su poco deseo de que aceptase, y él les contestó dándose por entendido, declarándoles, conforme habia hecho ya con el clero y el pueblo de Cesarea, que votaba por el sacerdote Basilio como el mas digno, protestando al mismo tiempo contra una eleccion arbitraria. No contento con escribirles, sabiendo que faltaba un voto para que la eleccion fuese canónica, á pesar de su edad y del mal que le tenia postrado, dejó la cama y se hizo trasladar á Cesarea, reputándose feliz en acabar su vida por cumplir una buena obra. De resultas san Basilio quedó electo y ordenado canónicamente obispo de Cesarea, y la Iglesia hace memoria de esta ordenacion el día 14 de junio.

De este relato se desprenden varios pormenores interesantes y muy propios para dar á conocer la disciplina de aquellos tiempos en materia de elecciones: resulta entre otras cosas que los obispos tenian en ellas principal autoridad, que concurrían á las mismas aun en ausencia, que ganaba la mayoría de votos, que tenían derecho de oponerse cuando la intriga y el soborno mediaban en negocio de tal importancia, y que á veces asistían, mediante poder, obispos de otras provincias para que hubiese acuerdo y armonía <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Historia de los Sacramentos, t. V, pág. 119 y sig.

que conjura al Señor les infunda el Espíritu Santo y la gracia del sacerdocio.

Solo el obispo tiene poder de conferir las sagradas Órdenes, y solamente él en calidad de consagrante puede imponer las manos, y si bien los sacerdotes en esta ocasion las imponen igualmente, es para conformarse al uso venerable de la antigua Iglesia por el cual se nos recuerda que el episcopado y el sacerdocio no son sino un ministerio sacerdotal. Despues el obispo cruza sobre el pecho de los ordenandos la estola, que en calidad de diáconos llevaban sobre el hombro izquierdo, y les dice: «Recibid el yugo del Señor; su yugo es suave y su carga ligera;» consecutivamente les pone la casulla, diciendo: «Recibid el traje sacerdotal, distintivo de la caridad.» Sí, por cierto, el sacerdote será hombre de caridad; la caridad personificada. Adviértase que la casulla está sin soltar por detrás, porque el ordenando aun no ha recibido integra la gracia del sacerdocio, y no se soltará hasta que el obispo le haya conferido el poder de remitir los pecados.

Tras un bonito prefacio, anuncio de la sublime accion que va á cumplirse, el obispo entona el *Veni Creator*, invocando sobre los ordenandos el Espíritu santificador con todos sus dones, y en tanto que el coro sigue cantando, consagra las manos de los nuevos ministros por medio de una larga unción del aceite de los catecúmenos, diciendo durante el acto: «Señor, dignaos consagrar y santificar estas manos por medio de la presente unción y por vuestra bendicion.» Despues hace la señal de la cruz, y añade: «En el nombre de nuestro Señor Jesucristo sea bendito todo cuanto ellas bendijeren, y consagrado y santificado todo cuanto ellas consagraren;» y los ordenandos van repitiendo: «Así sea.» Hecho esto les atan las manos con una cinta, y se les separan los dedos consagrados, por medio de unas migas de pan que servirán para purificarlos, y el obispo hace que toquen el cáliz, que contiene vino y agua, y la patena en la que hay una hostia, y dice lo siguiente: «Recibid el poder de ofrecer á Dios el sacrificio, y de celebrar la misa tanto en favor de los vivos como en favor de los difuntos.»

Hechos quedan ya nuevos sacerdotes segun el orden de Melquisedech; y como su principal ministerio es ofrecer el sacrificio, incontinenti lo ofrecen con el obispo, celebracion que recuerda la costumbre de los primeros siglos de no decir mas que una misa en

cada iglesia, la que el obispo ofrecia en el altar concurriendo los demás sacerdotes con él. Acabada la comunión, el obispo recita esta hermosa antifona, formada de las palabras con que el Señor desahogaba su corazón en medio de sus Apóstoles despues de haberles dado á comer su cuerpo y sangre: «Ya no os llamaré siervos, amigos míos, pues sabéis cuánto he obrado estando con vosotros. Amigos míos sois; haced lo que os ordené.» El obispo se cerciora de la fe de los nuevos sacerdotes mandándoles rezar el *Símbolo* ó *Credo*, pues diputados para predicar, es necesario que prediquen la fe en toda su pureza; y seguidamente viniendo ellos á postrarse á los piés del prelado, éste les impone otra vez las manos exclamando: «Recibid el Espíritu Santo; los pecados serán remitidos á aquellos á quienes vosotros se los remitiéreis, y retenidos á aquellos á quienes se los retuviéreis;» y para mostrarles la plenitud de su poder, desata la casulla y añade: «El Señor os revista con la ropa de la inocencia,» esto es, sed puros y santos, para hacer santos á los demás. Exige, finalmente, de cada uno en particular respeto y obediencia, por cuanto la Iglesia precisamente es bella y temible á causa de presentarse como un ejército bien ordenado para la batalla; belleza que no puede subsistir sin el orden, así como el orden sin la subordinación, pero subordinación suavísima en la Iglesia, dirigida únicamente á hacer de todos sus miembros y de todos sus ministros un solo corazón y una sola alma, puesto estriba en la caridad. La mejor prueba de ello es el ósculo de paz que el obispo da á los ya ordenados sacerdotes, por finiquito de estas interesantes y preciosas ceremonias.

Ahora bien, despues de seguir paso á paso todas estas preces magníficas y todas estas ceremonias imponentes, ¿quién sostendrá que el culto católico no satisface á la vez á la razón, al corazón y á los sentidos? ¿Qué podremos añadir ya sobre la importancia del sacramento del Orden? Para probar su necesidad social basta una palabra: no hay sociedad sin Religión, no hay Religión sin sacerdotes, no hay sacerdotes sin sacramento del Orden; de consiguiente sin el sacramento del Orden es imposible la sociedad; hablo de una sociedad verdadera, de la union de los hombres entre sí para la con-

<sup>1</sup> Véase la historia de una ordenación entre los negros de Africa, y de la impresion que ella produjo, en los *Anales de la Propagación de la Fe*, n. 120, pág. 332, mayo de 1838.

servacion y perfeccionamiento de su estado físico, intelectual y moral, pues las sociedades antiguas, á excepcion de la judáica, mas que sociedades eran una agregación de individuos avasallados por la fuerza, sin otro objeto que la existencia y el desarrollo material; y entre las sociedades protestantes, — si tal nombre merecen, — todo su desarrollo, caso que exista, se debe á las tradiciones católicas que han conservado; porque los pueblos no pueden vivir sino de la verdad cristiana, y no hay verdadero Cristianismo fuera de la Iglesia, como no hay Iglesia sin sacerdocio. A este sacerdocio católico, pues, son deudores nuestros mismos hermanos segregados de su vida social, ó sea de lo poco que les resta en creencias y buenas costumbres <sup>1</sup>.

#### Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber establecido en vuestra Iglesia diferentes órdenes de ministros para mayor gloria vuestra y provecho de mi alma: haced la gracia de que yo sea un hijo dócil y respetuoso de esta Iglesia tan santa, tan hermosa y tan tierna para con nosotros.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, profesaré siempre sumo respeto á las personas consagradas á Dios.

<sup>1</sup> Véase Rubichon, *Accion del clero en las sociedades modernas*.